3 1761 09545843 6

EDICIONES DE

"EL BANQUETE"

LS
076mu

EUGENIO D' ORS

LA MUERTE DE ISIDRO NONELL · SEGUIDA DE OTRAS ARBITRARIEDADES · Y DE LA ORACIÓN Á MADONA BLANCA MARÍA

TRADUCCIÓN DE ENRIQUE DIEZ-CANEDO

DECORADA CON DIBUJOS DE ISIDRO NONELL, JOAQUÍN MIR, SANTIAGO RUSIÑOL, IGNACIO ZULOAGA, RICARDO MARÍN, LUIS BONNIN Y OCTAVIO DE ROMEU

181373.
13.6.23

¿Traduce usted, amigo Canedo, mis «arbitrariedades»? Me será grato verlas vestidas de habla nueva. Volverán á mi, crecidas y más hermosas, como el hijo que, hecho un hombre y con sus puntos de extranjera distinción, regresa al hogar paterno, tras los años de viaje que le han acabado de formar.

Arte singular, usted lo sabe, este arte «arbitrario»... Con toda una estética y toda una metafísica por dentro. Arte tan lejano al lírico, impresionista,—«interjeccional» le llamo yo—(que ha alcanzado cabal expresión poética en la teoría de la «palabra viva» de Maragall, nuestro esencial Mestre en Gai Saver [1]), *como al arte imitativo que, en su fatalista humil-*

1 Véase el *Elogi de la Paraula.*

dad, se resigna á la reproducción de la naturaleza; mientras el arbitrario, que juzga con Wordsworth, que «imitar la Iliada no es imitar á Homero», antes que imitar á la naturaleza (así, con minúscula) prefiere imitar á Dios.

La Mitología me parece, no como ha dicho el sabio «una enfermedad del lenguaje», sino, contrariamente, la plena salud del lenguaje, su vernal florecer en la vida. En rigor cualquier verbo poético es ya mitológico. No lo notamos, porque la costumbre nos ha secado la emoción veneradora ante este religioso fenómeno de lenguaje; pero, desde el instante en que, por ejemplo, decimos «el porvenir», en lugar de «lo porvenir», hemos ya sustituido una abstracción por un dios. En el arte esta creación de mitos,—dioses y fábulas sobre dioses,—es substancial y, por lo tanto, continua.

Los artistas «arbitrarios», en frente de esta Mitología artística habitual, vienen á ser como los Protestantes en frente del Catolicismo; pero con más fuerza. Sustituyen la tradición por la invención. Defienden y practican, no solamente el «libre examen personal», sino la libre creación personal. Se amparan, no sólo del derecho á interpretar los símbolos según ley de la propia conciencia, sino del derecho á fabricar sus símbolos, según ley de la propia alma.

Los amigos de «El Banquete» harán de mis «arbitrariedades» una bella edición. Y para que el libro pueda ser dicho obra de arte, irá decorado con dibujos de los modernísimos artistas de Cataluña, desde Rusiñol el melancólico hasta Mir el violento; desde Nonell el implacable hasta Marin el femenino; con más este fuerte vascongado Ignacio Zuloaga, que en Cataluña recibió su bautismo de gloria.

Eugenio d' Ors.

LA MUERTE DE ISIDRO NONELL

I. Nonell.

Al pintor de lo horrible,
Isidro Nonell.

Aquel día la púrpura del ocaso se extendió sobre la púrpura del incendio. Ardía en llamas la Ciudad.

Era la primera jornada de la gran revolución, el despertar de los olvidados por las revoluciones pretéritas y dejados por todas en su abyección irremediable.

Era el terrible desbordamiento de la canalla, de los miserables, de los escupidos por la ley, de los ineptos y vencidos en la lucha por la vida, de los desechos de la humanidad, de los detritus de la máquina social, del lodo infecto de las cloacas ciudadanas; de los consumidos por la herencia de todas las enfermedades, de todos los vicios y de todas las degeneraciones; de los aniquilados por los trabajos vilísimos y comidos de miseria; de los muer-

tos de hambre, de los muertos de envidia y rencores; de los errantes sin familia ni patria, de los vagabundos y salta-ríos y pordioseros; de las razas proscritas, roídos los cuerpos por la suciedad, las cabezas por los piojos, incubando en los cerebros raquíticos la ponzoña de los desprecios; de los que se guarecen en agujeros troglodíticos; de las almas obscuras fulguradas por la ferocidad; de los cuerpos nacidos en el fango, que se revuelcan en el fango y en el fango revientan; de los golfos, de las rameras, de las alcahuetas, de los idiotas y locos y ladrones y asesinos de oficio; de toda la carne del burdel, del presidio y de la horca.—Todos, en aquel abismo, habían vivido secularmente abyectos. Mas no tenían conciencia de todo lo miserable de su estado. Un gran engaño les hacía vivir. Se creían hermosos. Las mujeres, con vanidosa ilusión, se miraban en los espejos y sonreían á la propia imagen. Los hombres también se veían galanes y nobles y encontraban guapas á sus hembras y amorosos se adormecían entre sus brazos, olvidando en ellos el amargor de las hieles de su existencia. Muchas madres contemplaban á sus hijos, aquellas criaturas encanijadas y enfermas, marca-

das por todas las degradaciones, repugnantes de porquería, deformadas por la precocidad en el trabajo y en el vicio, como á espejos de cielo y príncipes de soberana lindeza... —Y he aquí que un día finó terriblemente el engaño. Un artista, en punzante revelación, copiándolos, exhibiéndolos nudamente, con aguda crueldad de líneas, con brutalidad implacable de colores, había roto el prestigio, haciéndoles ver con abrumadora evidencia la profundidad del abismo de su abyección. Se hizo en ellos una luz dolorosa. Comprendieron todos cuán fea, y baja, é irremediable era la miseria que les tenía prisioneros entre sus garras.—Y empezó entonces la era terrible de la gran desesperación. Como en los terrores milenarios los hombres enloquecieron. Se habían visto; habían claramente comprendido cómo eran. Ahora se repugnaban entre sí, los unos á los otros. Y cada uno se repugnaba á sí mismo. Los hombres ya no buscaban amorosos los brazos de las mujeres. Los padres sentían violentamente deseos espantosos de estrangular á sus hijos, viéndolos tan feos y sucios y podridos y miserables. Náuseas supremas les removían las entrañas al encontrarse frente por frente, al penetrar en sus

viviendas sórdidas, al emprender sus viles trabajos de cada día. No trabajaron. Dejaron también de robar y mendigar. Vino el hambre. La desesperación se hizo más negra y más loca. Una rabia de fiera, un formidable rencor, les ganó á todos. Y á la vez cayeron todos en una especie de delirio; en un furioso delirio; en un delirio que les hacía ver rojo, que les encendía la carne, haciendo que en las largas noches febriles las mujeres frenéticamente añorasen los abrazos de machos hermosos, y dando á los hombres monstruosos deseos de entrar en las alcobas opulentas, y morder pieles de raso, y violar á las duquesas blancas extendidas en sus grandes lechos de olor; un delirio que les agitaba con la necesidad imperiosa de actos de violencia, de carnaje, de saqueo; de destruir todas las cosas débiles creadas por la opulencia ó el refinamiento ó el arte; de prender fuego á los edificios y llevar por todas partes devastación y muerte; de estrangular, de aplastar cabezas, de arrancar lenguas y hundir ojos, y bañar las manos deformes en el sangriento rescoldo de las entrañas abiertas; un delirio que hizo que un día, sin razón, sin motivo, sin pretexto, sin que la noche anterior nadie pudiese

I. Nonell.

sospecharlo, reventase espantosamente aquel volcán. Y cuando murió este día, ardió en llamas la Ciudad, y la púrpura del ocaso se extendió sobre la púrpura del incendio.

Toda la canalla tomó parte en la gran revuelta. No se sabía qué omnipotente querer del Diablo, conjuraba, reunía y abocaba á la ciudad á los miserables de todas las miserias. Los cretinos de las negras hondonadas, con sus gordas testas de galápagos, sus paperas, su innoble caminar de ánades; los vagabundos de los caminos que duermen bajo los puentes de las carreteras y al raso en los bosques; las tribus trashumantes acompañadas de sus bestias polvorientas y estúpidas; los salta-ríos y ladrones de camino que se esconden en las tinieblas y súbitamente caen sobre los viandantes; los errantes mendigos á los que ladran todos los perros, y que musitan maldiciones al anochecer, amenazando con el puño á los cortijos; los hombres extraños, privados de habla, que vagan perdidos por los montes, dejando oir una zampoña ó el tintinear de una campanilla; los idiotas bosqueños, lujuriosos como micos, terror de las campesinas; los peregri-

I. Nonell.

nos que saben oraciones y á los que la epilepsia convulsiona en las romerías ó á la puerta de las iglesias; los paralíticos doblados en un carretón, que imploran piedad con un canturreo monótono; las viejas brujas de sonreir siniestro, á quienes la chiquillería apedrea; los pordioseros con sus llagas, con sus deformidades, con exhibiciones horribles de monstruosidades lastimosas; los trogloditas que, cerca de las poblaciones, viven en cuevas prehistóricas; las sombras negras que por la noche recogen todo lo que durante el día escupen las ciudades, disputando encarnizadamente su botín á los perros y gatos hambrientos; los que en las invernales noches duermen al sereno, tendidos en los rincones más recatados y sombríos; los que hacen cola esperando las sobras de los ranchos cuartelarios; los degenerados, incapaces de toda labor, que arrastran su pereza desde los roñosos cafés cantantes hasta los burdeles hediondos; los que viven en perpetua agonía, consumidos por las faenas que matan; las *xinxas* (1) deformadas por el trabajo, apestando á aceite hasta los huesos, riendo estúpidamente con la gran boca desdentada; y to-

(1) Infimas trabajadoras de fábrica.

I. Nonell.

dos los habitadores de los barrios negros de las grandes ciudades en que los horrores se acumulan; y todo el ejército del vicio miserable, y todo el ejército del crimen, y todos los presidiarios de los presidios, y todos los locos furiosos de las loquerías... Todos formaron en la revuelta, todos se entregaron monstruosamente á la carnicería, á la matanza, al saqueo, á la violación, á la devastación, al incendio, á la orgía de todas las ferocidades; todos se sumaron en espantoso torrente, entre rugidos, entre aullidos, en un pavoroso caer de catarata, con una especie de canto ensordecedor, que, tejido de blasfemias y de gritos de odio, de gritos de venganza, de gritos de lujuria, de gritos salvajes de triunfo, de roncar de bestia satisfecha, entre el hundimiento apocalíptico de toda la ciudad, parecía la estrafalaria *alleluia* del Sábado Santo de los miserables.

Fatigada, si no ahíta, de incendio y destrucción y carnaje, la canalla salíase ya de la ciudad, esparciéndose por los campos cercanos cuando acaeció algo espantoso. La multitud notó súbitamente que, sentado en una de las piedras del camino, había un

I. Nonell.

hombre, un joven, que con descuidada tranquilidad, como si aquella catástrofe fuese tan sólo un interesante espectáculo, como si detrás de él no floreciesen las llamaradas del incendio colosal, ni bramase en torno suyo el pavoroso desbordamiento de todas las pasiones destructoras, seguía con ojo curiosamente observador las escenas más horribles, los tipos más repugnantes, las expresiones que el rencor, el odio, la crueldad satisfecha, la lujuria harta, la loca borrachera del triunfo imprimían en los semblantes, y rápidamente lo dibujaba todo. No se sabe cómo corrió en un momento la voz de quién era aquel hombre; tal vez algún antiguo modelo le reconoció; ó mejor, acaso el ejército inmenso de miserables, con la terrible infalibilidad del instinto, adivinase en él al gran responsable, al revelador cruel en cuyas obras habían ellos aprendido cuánto era baja y repugnante y sin remedio su fealdad, al ladrón que les había robado para siempre sus consuelos, al asesino de la última ilusión que les hacía vivir...—Y la idea de una gran justicia inflamó de nuevo á aquellas fieras. La furia de destruir renació, brutalmente dominadora. Primero fué un ondear de mar en tormenta en que todos se

apartaron un instante del artista para caer en seguida violentamente encima de él; y después fueron los puños al nivel de la cabeza, los empujones bárbaros, las voces roncas, vomitando insultos y reniegos y escarnios, los salivazos lanzados por bocas llenas de veneno, en medio del rostro que se volvía lívido, mientras en una mueca de angustia final, los ojos, demesuradamente se agrandaban, y tres veces, tres veces se abría la boca sin que de ella saliese palabra ni son; después uñas de fiera arañaron las carnes, y las manos nerviosas de las mujeres, en delirio, arrancaron los cabellos y se ensañaron en las blancuras de la cara, y los dientes de bestias voraces mordieron brazos y piernas, y la fuerza de todo el odio y todo el rencor pesó sobre la espalda, echó el cuerpo de rodillas, lo aplastó contra el suelo; y el cráneo se quebró en las piedras, y todo el torrente humano cayó á la vez y aplastó el pecho, y los huesos crujieron horrorosamente, y mil manos férreas abarcaron el cuello y lo oprimieron y lo estrecharon, hasta que la lengua salió, horrible, y los ojos saltaron de las órbitas; y así, muerto, destrozado, quedó tendido en tierra el gran responsable, mientras el cielo siniestramente

se vestía de fuego, y un vendaval furioso torcía los árboles desnudos de la carretera y hacía subir altísimas las llamaradas del incendio de la Ciudad... Reinó un instante el silencio. Se había cumplido la gran justicia.

Pero aún vinieron más horrores. Otra vez renació la furia. Rebramó la tormenta. Un hombre cogió el cuerpo muerto y lo lanzó al aire como un pelele entre una carcajada estúpidamente triunfal; otros le amarraron una cuerda al cuello. Y empezó la carrera furiosa, arrastrándolo, volviendo á la ciudad, pasando y repasando por las mismas vías, que ya la noche había llenado de tinieblas, empujándose los unos á los otros, y aplastándose en los lugares estrechos, destrozándose y cayendo y levantándose y pasando sobre los caídos y hollando los muertos de la matanza del día, entre las ruínas, entre las hogueras, entre las casas en que se agitaban aún las llamas de los incendios, que se contraían como en negras muecas de desvarío y ruidosamente se hundían; entre las canciones que la alegría salvaje había hecho nacer en el fondo de las gargantas deshechas, con rugidos y con aullidos, con vocinglear estrindente de hierros, de latas y de

I. Nonell.

trompas, de monstruosas músicas, como en Carnestolendas diabólico, en infernal procesión terrible y grotesca. Apedreaban unos el cuerpo del artista; otros, con sus palos, lo golpeaban; otros le escupían aún, una y otra vez, y otra, y siempre. Una mujer, una vieja, una furia, larga y seca, toda desnuda, toda descabellada, los ojos saliendo de las cuencas, espumeante la boca, tambaleándose al caminar y tropezando y cayendo á cada instante cuan larga era, había hecho presa, arrancándola del brazo, de la mano, de la mano del artista, de la mano culpable, de la que con implacable habilidad había copiado tantas fealdades y tantos horrores, y la golpeaba y la insultaba con voz ronca y la lanzaba al aire y la recogía otra vez y la escupía y la mordía á boca llena y la restregaba frenéticamente por los rincones innobles de su cuerpo lleno de inmundicia... Y siguió, siguió la carrera furiosa, sin parada, sin cansancio, tiempo y tiempo, á través de la Ciudad que ardía.

Al fin se encontraron otra vez á campo raso. Era una llanura negra y desolada. A lo lejos la circuían fangosos pantanos. Aquí y allí, árboles solitarios y negros se levantaban como patíbulos. Inmensa nube

cárdena cubría toda la extensión del cielo, dejando no más, por donde había muerto el sol, una franja de encendida sangre que reflejaban los negros pantanos. Había amainado el viento. Sólo en la lejanía, se le oía silbar, arrastrándose por los bosques. El clamoreo de la muchedumbre fué decreciendo tambien; se perdió en la amplitud del espacio, se apagó y murió en el silencio. Las oleadas de aquel mar se hicieron más anchas y más lentas. Los movimientos de todos tornáronse pausados y llenos de laxitud. Dijérase que cumplían ritos solemnes. Callados y fieramente sombríos, avanzaron hasta el borde de un precipicio, por cuyo fondo corría la menguada corriente de un río infecto; en él desembocaban las cloacas y pozos negros de la ciudad. La muchedumbre se desplegó, extendiéndose por la orilla; todas las miradas, expectantes, se fijaron en el lugar en que estaba el cuerpo del artista. Un momento de angustiosa quietud. Cuatro hombres le rodearon, silenciosos, quitáronle poco á poco la cuerda del cuello, lo hicieron oscilar un instante y lo lanzaron; y el cuerpo, que ya no era más que un montón informe de carne y sangre y lodo, volteó por el aire y fué pesadamente á caer en la ne-

gra corriente inmunda, que con crasa lentitud avanzaba hacia el mar.

Entonces, con inmenso aullido de bestial alegría, aquella multitud de fieras sintióse como libertada. Y buscó cada uno frenéticamente la propia imagen. Y corrieron los unos á las márgenes de los pantanos, en donde fenecía siniestramente la última luz de la tarde; y los otros se arrebataron los trozos de espejo, botín de los palacios entregados al pillaje... Y, como si con la sangre del artista fuese lavada la abyección; como si con la muerte del gran responsable quedasen libertados, de una vez para siempre, de las garras innobles de la fealdad; como si hubiesen matado el veneno, por haber muerto á la víbora, temblorosos, anhelantes, se espejaron, y, á la luz dudosa del ocaso sangriento, todos, todos los hombres se vieron galanes y nobles, y las mujeres todas—las miserables, las viejas, las deformes, las cretinas, las imbéciles, las locas, las brujas, las gitanas, las traperas, las basureras, las mendigas, las *xinxas*, las rameras, las alcahuetas, las borrachas, las leprosas, las podridas,—sonrieron con orgullo, sintiéndose toda el

alma y toda la sensualidad súbitamente inflamadas al beso de una embriagante ilusión que les hacía encontrarse hermosas.

I. Nonell.

LOS CUATRO GA-
TOS

Á Juan Maragall.

Eran los amigos de siempre; ya de antiguo tenían establecidas aquellas reuniones nocturnas, á la claridad de la luna de Enero, serena y fría. Decíanse los reyes de la noche. De día, los grandes gatos burgueses, la crema felina del pueblo—el negro panzudo del señor cura, la blanca coqueta del Titus, el Angora de pelo finísimo de doña Petronila,—imperaba por derecho propio afrentando la orgullosa miseria de aquellos gatos bohemios; por esto, huyendo de la luz, se recataban durante el día en desconocidos parajes, y sólo al venir la noche con sus tinieblas y su dulce misteriosa poesía, al adormecerse el pueblo, cuando la aristocracia felina se eclipsaba, salían de sus escondrijos, y paseando el desdén de sus miradas por el pueblo en modorra, proclamábanse caballeros de la Noche y amadores de la Luna.

¡Valientes caballeros, los cuatro gatos! Un gato-brujo, negro y tuerto, como el memorable de Poe; un gato-lujuria, un gato sanguinario... y un gato idealista; unidos por traidorías de la fortuna, que se obstina en volver la espalda á las buenas gentes.

Cuando se han reunido los cuatro, inícianse las confidencias. Habla primero el gato-brujo, contando sus viajes diabólicos, sus hazañas de pavor, sus fantásticas aventuras...

—Ya sabéis que Fulana está muerta de miedo desde aquellas cuestiones que tuvo con su vecina, que dicen si es una mala bruja. Pues veréis: esta noche ella estaba sola. hilando en la cocina; yo que me entro y, poquito á poco, empiezo á caminar por los vasares llenos de cacharros, sin hacer ruído y sin romper nada. Me ve, se sobresalta; pero sigue hilando, hilando, haciéndose la distraída. Y yo que me paro delante de ella y la miro... la miro... la miro fijamente con mi ojo único... hasta que, sin moverme y con voz de cosa del otro mundo, le grito: «¿Por qué hilas, mujer?... Ha caído como muerta... y yo me he escapado, haciendo caer el candil, y la he dejado á obscuras...

¡Oh, el ojo único del gato-brujo! ¡Cómo fosforece al contarlo!

Las aventuras eróticas, las fruiciones de carne bajamente sensual del gato-lujuria, vienen luego, contadas á media voz, en narración minuciosa que provoca hipócritas protestas del tercer gato, el sanguinario, que toma aire de santidad, hasta entre sus mismos compañeros que tan bien le conocen, mientras esconde las uñas manchadas aún por la sangre de un pajarillo que acaba de engullir... En castigo de un crimen semejante se vió, tiempo atrás, ignominiosamente expulsado de la casa en que vivía y donde nunca faltaron buenas tajadas con que ahitar sus instintos de glotón... Es gato cruel, traidor, terriblemente egoista... y para colmo, hipócrita.

—Me extremece tanto cinismo—dice, interrumpiendo la narración del gato-lujuria.

—¡Vaya! ¡Por amor de Dios! ¡Respeto á la inocencia!

Este sarcasmo es del cuarto gato, el más joven, y más humorista y más sentimental y más bohemio... ¡Oh, el cuarto gato!... También él se había criado en casa buena: gente ciudadana que veraneaba en el pueblo. Pero á él no le echaron: huyó, he-

rido una y mil veces en su dignidad, por los papeles que los juguetones chiquillos de la casa querían que representase. Su orgullo sufría dolorosamente cada vez que le encasquetaban un cucurucho ó le ponían una cuerda al cuello ó le hacían rabiar con un ovillo... Antes de la última escapatoria había ya intentado alguna; pero volvía siempre. Amaba aquella quinta. Amaba sobre todo aquel jardín, tan mal cuidado; allí, de noche, entre las extrañas siluetas de los árboles éticos, protegido de la obscuridad, ¡había incubado tantos sueños!... Allí había misteriosos rincones por él sólo conocidos; visiones sorprendentes, á él familiares; fantásticas combinaciones de sombras y luz, que él se sabía de memoria... Pero la paciencia felina tiene un límite: un día fué lo bastante fuerte para huir y no volver... No volver á la casa; que lo que es al jardín... ¡oh, el jardín es bien suyo!..., sobre todo en invierno, cuando la familia mora en la ciudad. Es la casa paterna de su espíritu aquel jardín: á él acude cada día, cuando cae la tarde, á sentir, á soñar, á evocar su patrimonio de recuerdos, que la hacienda de esperanzas es bien mezquina... Y también una vez al año, ve á sus antiguos señores: el día de su llegada

á la quinta, á la hora de cenar, se acerca pasito á paso, temblando de emoción, á la puerta del comedor que da al jardín... Cenan tranquilos, suavemente iluminados por la claridad dulce del quinqué... Cada año los padres más envejecidos, más granados los muchachos... Tal vez ya no pensaran en aquellos juegos crueles... y el corazón débil del pobre gato siente, un instante, la tentación de volver... La indiferencia de los otros, cuyo olvido ve demasiado, le hace resistirse... Después, pasado el peligro de enternecimiento, suele decirse con melancolía heroica: «Choca, espíritu mío; ¡te has portado como un hombre!»

Y de su soledad, y tristeza, y miseria, tiene que consolarse pensando que posee, en cambio, la libertad, que para un cumplido gato es la prenda más amable y estimable.

No habla nunca con los camaradas de sus ternuras ni de sus ensueños. ¡Ellos le tienen por un bromista, un tarambana, un cabeza á pájaros! ¡Cómo se habían de vengar de sus chanzas en cuanto sospechasen aquellos idealismos, aquellas ridiculeces, indignas de un espíritu fuerte! No: le está mejor el callar, ó más bien dicho, el hablar continuamente

consigo mismo de sus cosas. Porque él es el único que puede comprenderse; el único que sabe sentir; el único que sabe soñar... y el único también que, disuelta la reunión, se queda en el tejado extasiándose con las primeras claridades del alba, con e desmayo de la luna, con el desfallecer dulcísimo de las estrellas, con la riente renovación de natura... Hasta que los rayos del sol y el despertar del pueblo le obligan también á esconderse corriendo como los demás.

¿En donde? Nadie lo sabe... Y el reino de la luz queda á disposición de los grandes gatos burgueses: el negro panzudo del señor cura, la blanca coqueta del Titus y el Angora de pelo finísimo de doña Petronila.

PALACIO DE LOCO

J. Mir.

A Jaime Massó y Torrents.

I

El año pasado, en una de mis excursiones veraniegas, lo ví por primera vez. Era una extraña casucha, de forma incomprensible, groseramente construída con pedruscos del torrente, trozos de ladrillo y otros materiales más extravagantes aún. Aquel monumento lindaba con una torrentera, usual camino de un pueblo olvidado; pero no se recataba ciertamente: un sabio orgullo le había buscado emplazamiento ostentoso. Desde una cima, dominaba tierras, bosques, ríos, una villa á lo lejos, y cerrando el horizonte, en faja de sereno azur, el mar. Veréis que, cuando llegaba la noche, había sombras que como grandes y silenciosos gatos intentaban escalar el enhiesto castillo. Alanceábalas entonces fríamente la luna. Retrocedían, cobardes.

Y, curiosos de la lucha, parpadeaban en la lejanía los mil áureos ojos de la ciudad.

II

Pues el amo y habitante y arquitecto de aquella casa era un loco... Me contaron la historia... Tiempo atrás, en su delirio, se le había metido en la mollera el construirse un Palacio, alcázar majestuoso de grandeza soñada, templo á los ídolos de su locura, firme castillo que le defendiera contra la hostilidad de los hombres... Él mismo puso manos á la obra. Quiso que pocas que no fueran las suyas acariciantes, se pusiesen en el Hijo de su deseo. Así sólo en caso extremo recurría á los hombres de oficio; y del trabajo de ellos siempre ahorraba lo que podía. Preguntaba á un albañil:

—¿Cuanto me llevarás por una pared, así de alta?

—Verás: hay que contar mi jornal y el del peón.

—No; cuenta sólo el tuyo. Yo te serviré de peón.

Otro día trabajaba á medias con un carpintero. Todo esto, pocas veces.

Llegaba, en muchas ocasiones, el loco á destruir la obra de los demás que no le habían entendido. Ponía especial cuidado en ciertos rincones que para

él debían encerrar algún secreto... Y trabajaba, trabajaba de firme, dia y noche, con sol y con lluvia. La construcción del Palacio fue una epopeya de energía... ¡Oh, la gesta heroica de aquella voluntad fuerte y solitaria!... Y no fué un poema de unidad: el constructor se contradecía amenudo: aterraba lo hecho y comenzaba nuevamente la tarea. Bien se conocía que quería imitar un modelo ideal, guardado en su alma... ¡Sí! la fábrica de aquella extraña y miserable casucha, era obra de arte: sueño de belleza,—encarnizada lucha,—victoria definitiva.

III

Victoria. El Palacio fué terminado. Aquello parecía una caricatura de los monumentos ciclópeos. ¡Palacio de locura!... A un extremo una desmedrada almena. Grotescas paredes con ventanillas minúsculas y grietas mayores que las ventanas. La puerta, mezquina también, cerca del tejado. Un montón de pedruscos, entre rampa y escalera, para subir... Dentro, ¿quién sabe?... Incoherencia; misterio. Cada piedra, cada agujero, cada rincón, parecía, impotente, querer decir la gloria de alguna idea arcana que sólo el loco sabía leer. Así amaba aquella

casa, y así, extranjero á todo, daba á aquellas piedras la larga contemplación de sus horas, como hablando devoto con ellas y descifrando piadosamente sus geroglíficos y sus símbolos.

IV

Cuando este año, en una de mis excursiones, pasé por el torrente, el Palacio misterioso ya no estaba allí... ¡Ay! ¡La triste obra, hija de la fantasía, débil por su misma idealidad, se había deshecho, había perecido!... Fué en los primeros días de la Primavera. En la gestacion preestival, Naturaleza febricitaba. Histeria tempestuosa se había enseñoreado de los elementos. Llovía á diario. Los aguaceros, hinchando torrentes, los sacaban de cauce y, rompiendo vallas, los extendían en inundaciones asoladoras... ¡Y una noche de tempestad el loco sintió que se deshacía aquel Palacio de su alma!... La inundación creciente y bestialmente triunfadora reconquistaba para el camino los pedruscos que un día le habían sacado. Y aquella obra de juguete se cuarteó; y las piedras caían sobre las piedras y se precipitaban; y se hundían las paredes; y los símbolos misteriosos se contraían en

muecas de descomposición; y las almenillas se tambaleaban como los borrachos, mientras el cielo seguía vomitando sobre la tierra la abrumadora destrucción del aguacero.

El loco dejó escapar un grito, un grito horrible, único; no le siguió ningún otro. Cruzó los brazos y silencioso, erguido, inmóvil, contempló cómo su Palacio se hundía. Alguien lo vió así, como un muñeco, á la claridad lívida de los relámpagos que momentáneamente desgarraban la lobreguez de aquella noche terrible.

Y cuando llegó el alba,—un alba gris, húmeda y triste, de día nublado—y finó la tempestad y escampó la lluvia, él mismo, siempre mudo, siempre como insensible, con aquellas manos mismas que habían creado, acabó la obra de destrucción, aterró las piedras que aún se sostenían encima de otras y permaneció allí, todo el día, velando el cadáver.

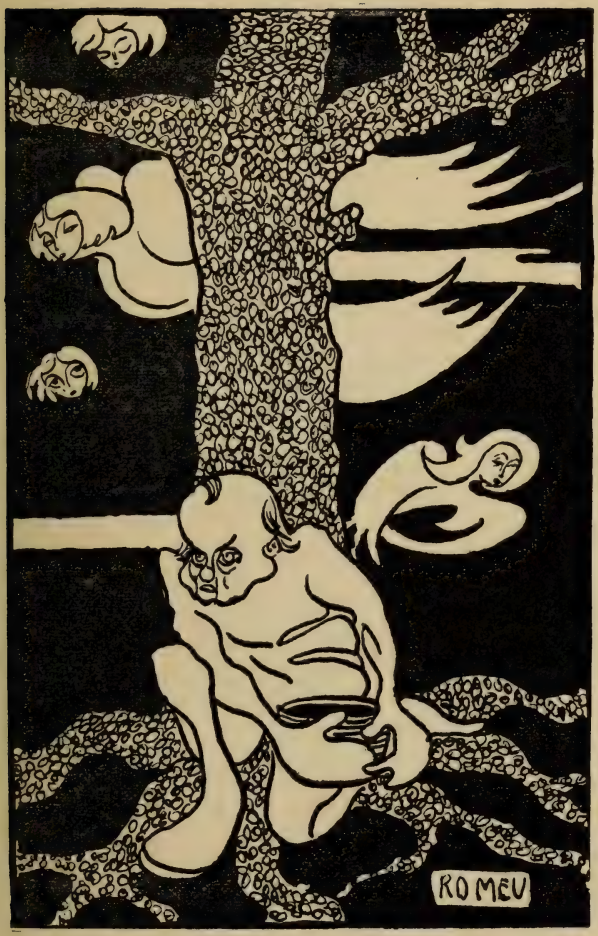
V

Al anochecer, serenóse el cielo. Una gran paz fué inundando las cosas. A lo lejos, encendió sus luces la ciudad...

Entonces, sin volverse, el loco bajó hasta ella,

para pasear entre los hombres el orgullo silencioso de haber tenido un gran Palacio.

J. Mir.



EL RABADÁN

O. de Romeu.

Esta arbitrariedad, glosa la siguiente canción de Nochebuena:

—A Bethlem m' en vull anar;
Vols venir tú, Rabadá?
—Tinc qu'esmorzar!
—A Betlhem esmorzarem
y á Jesús adorarem
—Massa hi ha neu!
—La poca neu que hi ha
La calor ja la fondrá
—Uy, la que'n fá!
—Tú les teies encendrás
I'l cami iluminarás.
—No hu faré pas!
—En Joan de la Samarra
Portará una butifarra
—Uy el panarra!
—Jo portaré aquest banquel
Perque segui Sant Joseph.

—Que s'estigui dret!
—Apa, apa, Rabadá
No'm facis desesperar
— Dexia-m estar!

También se hace referencia en el transcurso de la composición, á la canción que empieza:

¿Qué li darem au el Noi de la Mare?
¿Qué li darem que li sápiga bó?...
Panses, i figues, i uous, i olives,
i una plateta de niel i mató.

y á la que empieza:

El Desembre corgelat
confús se retira...

E. D. C.

A Raimundo Casellas.

—A Belén quiero marchar:
¿quieres venir, Rabadán?

Así canta el coro en la canción de Nochebuena; y el más cazurro de la compañía, tomando aires de mal encarado, sin música y con la voz oscuramente reforzada, responde:

—¡Quiero almorzar!...

El Rabadán es una persona formal: que no le vayan á él con juegos de chiquillos.

El Rabadán tiene mucha gramática parda; ¡el que á él le haga ver lo blanco negro!...

El Rabadán es un sabio: tiene larga experiencia y mucha ilustración, y hasta ha vivido en Roma.

El Rabadán no gasta mucho humor: ¡cuando uno ha visto tanto!...

El Rabadán es hombre prudente; se escucha al hablar, anda con pies de plomo, obra con mónita y sabe hacer provisiones allá para el invierno...

Por eso, en esta noche, dejando á sus compañeros, que duermen, dirige furtivamente sus pasos á lugar sólo por él conocido. Allí, soterrado en una madriguera, guarda su oro. Va á ajustar cuentas. Es muy ducho en cuentas. Hasta sabe llevarlas por partida doble, en una libreta que dice: *Debe* y *Haber*, en latín y todo. Y siempre los estados de la libreta concuerdan con el metálico existente en el escondrijo. Tanto y tanto: las cuentas claras. Si algo entusiasma al Rabadán, es esto. Que siempre, y en todas partes, y de cualquier modo que se mire, dos y dos hagan cuatro, y cuatro por cuatro, diez y seis, sin que el orden de los factores altere el producto, le parece la más alta maravilla del Universo. Hasta le proporciona una especie de extraña embriaguez triunfal, como si el mérito fuese suyo. Y repasa los cálculos una vez, y otra, y otra, no porque dude, mas requiriendo la voluptuosidad de la exactitud prevista... «Dos y dos, cuatro; nueve,

más seis, más ocho, veintitrés, y llevo dos...»— Pero aquí súbitamente resuena por los aires la llamada gozosa de los pastores: «¿Quiéres venir, Rabadán?»...

Vienen transfigurados. Llegan en confusión, en carrera loca. Están las manos levantadas. Tiemblan los cuerpos. Las cabezas se alzan al cielo extáticas. Brotan de los labios gritos y risas y canciones. Las mujeres y los niños danzan. Traen ramajes, guirnaldas, presentes. Parece que, en lumínea atmósfera, les envuelvan rastros esplendorosos de la claridad de Dios.

—¿Quiéres venir, Rabadán?... Vamos á Belén. Cumplidas están las viejas profecías. Ángeles han traído la Buena Nueva. El Dios infinito ha tomado carne mortal. A punto de media noche ha nacido de virgen en pobre establo. Es llegada la plenitud de los tiempos; empieza el reino de la Gracia... Vamos á Belén; ven, Rabadán. Tú, el más sabio, iluminarás nuestro peregrinar; tú *encenderás las teas* y nos

guiarás por los caminos. Toma tu presente y ven con nosotros. Mira, mira: todos llevamos presentes al Infante divino; el que otra cosa no puede, *pasas, higos, al Niño de la Madre;* los más pobrecillos, ramas y flores, las blancas flores del *corazón-helado Diciembre. Juan*, el pobre Juan, *que no tiene más tesoro que una zamarra*, ha tenido que mendigar para obtener su don. *Yo traigo un banquillo* para consuelo de las fatigas del pobre viejo que es Esposo de la Virgen Madre... Y de todo haremos ofrenda al lado de la ofrenda de los Reyes y de los Grandes; y el Pequeñuelo bajará su piedad hasta la miseria nuestra, y nos entrereirá y nos dará gracias con los ojos; y nosotros, transportados de alegría, muertos de amor, en supremo escalofrío, le ofreceremos el corazón; y él lo tomará, nuestro corazón, y todos los corazones, y los acercará al suyo; y del Dios altísimo al último pastor de la tierra correrá el torrente amoroso de una sangre misma... Vente, Rabadán, vente. Le ofreceremos nuestro corazón...

Agazapado entre unos troncos, baja la cabeza mi-

rando de reojo, cejijunto, torcida desdeñosamente la boca, protegiendo con manos y brazos la escudilla del almuerzo y el libro de cuentas, y dirigiendo frecuentes ojeadas al paraje en que tiene enterrado su oro, refunfuña el Rabadán, sordamente, los eternos razones y razonamientos y contrarazonamientos de la prudencia: «¡Están locos! ¡A Belén! ¿Para qué? ¿Con qué objeto? ¿Cómo? ¿Por qué tanta prisa? ¡Y de noche! *¡Y sin almorzar! ¡Y sin zuecos! ¡Y con esta nieve!* ¡Están locos!»

Sí.

Tienes razón que te sobra, Rabadán. Hay demasiada nieve por los caminos... ¡La dichosa incuria de los gobiernos, que nunca acaban de urbanizar la vía pública! En Roma, donde, en las centurias, pasaste aquella temporadita, esto no sucede: allí no nieva nunca... ¡Y la majadería de los pastores aún espera que el calor la funda! ¡Cuánta ignorancia!... Si en lugar de pasar el tiempo en las montañas, embobados con las nubes ó cantando canciones, ó haciendo chiquilladas, lo hubiesen empleado bien, como tú, que eres del «*Ateneo democrá-*

tico de Galilea», y has aprovechado de la extensión universitaria, sabrían física, y comprenderían que todo el calor de hoy no es bastante para fundir la nieve por la noche caída... Pero estos chiquillos ni siquiera tienen sentido común... Las voces que se escuchan en el silencio nocturno, estas voces misteriosas, que tan pronto parecen venir del lejos de los lejos como susurran al oído, y que suenan á veces como no interrumpidos himnos, calmosos y serenos y otras como gemidos y quejas de inefable angustia; y que tú no sabes ni siquiera de donde vienen; pero que, vamos, una explicación ú otra deben tener, dentro de los límites de la Química, se obstinan en tomarlas por llamamientos sobrenaturales, y canciones del Empíreo, y músicas de soberana ventura. Delirantes, creen oir el anuncio de una buena nueva, y ya dicen llegada la plenitud de los tiempos, y aseguran, con toda formalidad, haber escuchado voces angélicas, que entonaban glorias á Dios y prometían paz á los hombres en la tierra; como si aquellos sabios de Roma, que son académicos de todas las Academias, y hasta han sido ministros y todo, y que tú no recuerdas como se llaman, pero que frecuentemente

nombran en el Ateneo, no hubiesen demostrado con rigor, en unos libros, que, si no leiste fué por falta de tiempo, que la lucha por la vida, es, como si dijéramos, la ley marcial del mundo; y que, en cuanto á las historias de Dios, Nuestro Señor, y Creador, y Padre Nuestro, y demás, no está mal del todo que las niñeras (y los gobernantes-niñeras también) las utilicen para amedrentar á las criaturas díscolas; pero que los hombres hechos, y con ilustración, y fraternidad, y circunstancias, y tal, deben para siempre arrinconar en el cuarto trastero de lo Incognoscible.

Pero estos benditos pastores, erre que erre: que los ángeles, que las voces, que las profecías, que nabos, que coles... Y enseguida, un viaje. Como si un viaje no fuese cosa seria, digna de larga meditación y, para fin de fiesta, nada económica. Pero estos muertos de hambre, siempre con las piernas á punto... ¡Y qué viaje! A pie, revueltos hombres y mujeres, y chiquillos, y los ancianos, y los jóvenes, y los pequeñuelos que se duermen, y los vejestorios ahogados de asma, y los inválidos que no pueden con sus piernas, medio desnudos, hechos unos lá-

zaros, en el corazón del invierno, por entre las nieves, sin guía, sin camino, sin estar siquiera seguros de dónde cae aquello que buscan, siguiendo solamente resplandores de estrellas y rastros fugitivos de claridad en los cielos, sin otras provisiones que las butifarras, turrones y barquillos que guardan para hacer de ellos don y oferta al soñado Infante... ¡Butifarras, turrones y barquillos!... Que es lo que tú dices: ó este niño es una criatura cualquiera y entonces, buena la habéis hecho, ó es verdaderamente el que llamáis Nuestro Señor, y en tal caso, ¿para qué necesita butifarras, turrones ni barquillos?... ¡Irrefutable, Rabadán! ¡Pero ve con dilemas á este hatajo de locos que no saben discutir, sino cantar á todas horas!... ¡Qué atracón de canciones! Canciones al partir, canciones durante la marcha, canciones al saludar al niño... ¡Como si los negocios fuesen tan bien!... Y entre la desguitarrada canturia, «Ofrezcámosle el corazón»... ¡Qué tierno!... ¡Confitura melosa!... ¡Cuidado con derretirse, criaturas!... «¡ofrezcámosle el corazón!» ¡Después de la butifarra!... ¡Bah! Vale más no tomarlo á pechos; llegarías á enfadarte... Si tú fueses gobierno, ya habrías hecho una ley que obligase á todos

á tener sentido común, y dictarías pena de muerte contra todo aquel que se dejase levantar de cascos por ensueños y novelerías.... Pero ni siquiera te lo habían de agradecer. ¡Qué se arreglen! Hagan de su capa un sayo... Duerme, Rabadán. Repasa una vez más tus cuentas; engulle poco á poco tu higiénico desayuno. Lanza después una ojeada postrera al rincón en que tienes enterrados tus cuartejos (un piquillo, ¡je! !je!) y túmbate á dormir... Precisamente tú, que, como todas las personas sensatas, te observas mucho, y te interesas en grado extremo por tí mismo, ya habrás notado que, hará cosa de dos ó tres días, tardas en atrapar el sueño bastante más que de costumbre. Hoy, con el alboroto de estos imbéciles... Cuando á ti, delicaducho como estás, lo que te conviene es reposo, y nada más que reposo... Debería haber una ley que prohibiese inquietar á quien no quiere serlo... En fin: ¡qué se le va á hacer!... Duerme, Rabadán, duerme. Duerme sin sueño; mientras ellos, los locos, en el corazón del invierno, por entre las congestas, atravesando bosques, ríos, montañas; entre las tinieblas de la noche, flagelados por los vientos, confundidos, medio desnudos, muertos de hambre y de fatiga, sangrando

los pies, erguida la cabeza, levantando ramas y flores y presentes, la canción en los labios, los ojos encendidos de fiebre y dilatados por la presencia del milagro, siguen, sin guía en la tierra, el camino que en los cielos misteriosamente señala el baile inquieto de las estrellas de oro.

Pero una vez al año, por las llanuras y por las montañas, por los campos y por las villas, en las ciudades y en los pueblos, en las iglesias en las fábricas, en los barcos y en las cuevas, y en los salones de los palacios, en las cámaras burguesas, en las alcobas artesanas, en las cocinas de los cortijos, en los rincones de las cabañas de los pobres, en las guardillas de los miserables, al amparo de todos los techos, al calor de todos los hogares, reuniendo en torno suyo á todos los de la casa y llevando hasta las cercanías del fuego las almas de los que están muertos ó ausentes, toda la tierra nuestra—á la que tan práctica dicen, y calculadora, y de ensueños y de ideales despojada,—entre embriagueces de alegria y besos de amor y lágrimas dulces y músicas insensatas, ante un juguete—un

juguete que hace rezar y llorar á los hombres—cantando las canciones locas que los pastores cantaban, hace risueño escarnio de la prudencia del Rabadán.

GÁRGOLAS

S. Rusiñol.

Á Miguel S. Oliver.

«Un éclat de rire se fit entendre la-haut et j'aperçus, dans un angle du gothique édifice, une de ces figures monstrueuses que les sculpteurs du moyen-age ont attachées par les épaules aux gouttieres des cathédrales: une atroce figure de damné qui, en proie aux souffrances, tirait la langue, grinçait des dents et se tordait les mains.—C'etait elle qui avait ri».

(Gaspard de la Nuit).

I

QUISIERA como los artistas humildes de otrora, tomar la imagen de alguna cosafamiliar, estilizarla, deformarla, enroscarla, darle irrealidad turbadora ó grotesca y que, así y todo, aún corriese por su interior la frescura divina de las aguas del cielo.

II

¡Pío!, ¡pío!... Un nido sobre tu espalda. Dos pájaros que se dan besos. Duerme, duerme, gárgola

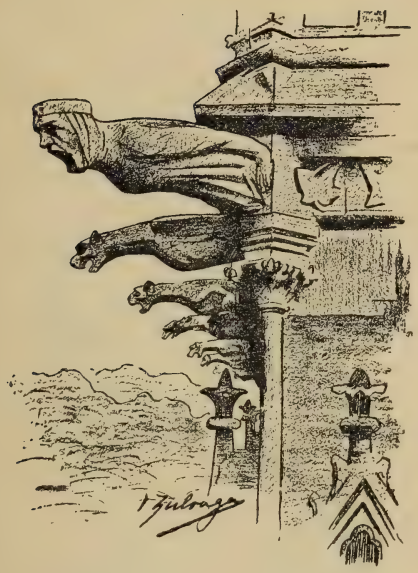
buena ... No rías. No vale abrir los ojos. No rías: Así quiero tus ojos: cerrados, sencillamente cerrados, en tu cara sencilla de sencilla ama de casa, con la frente pequeña, y los carrillos esponjados, y el hoyuelo en la barba, y las carnosas orejas. ¡Quieta la boca! Ni siquiera este ángulo de leve ironía. Quieta y lisa la quiero. Ya sé que lo oyes todo. Ya sé que, lo sabes todo. Ya sé que tu experiencia es larga... Pero disimula. No abras los ojos. No rías. Duerme, duerme, gárgola buena.

III

Llueve. En la calle, ¡cuánto lodo, cuánta inmundicia! Es tétricamente grotesca la procesión de hombres, con sus paraguas y con sus impermeables.— ¿Qué me dices de esto, hermana gárgola? — Mira el vómito es una opinión.

IV

—Vecinas de enfrente, hermanas, ¿dormís?—No, que siempre velamos. — Hermanas nuestras que siempre veláis, decidnos, sabednos decir: ¿qué hay detrás de nosotras? Amenudo nos llega la oleada armoniosa de unos cánticos entonados por pro-



I. Zuloaga.

fundas y santas voces.—También nosotras oímos, del misterioso Detrás nuestro, celestiales canciones con suavidades que llenan el alma de dulzura ¿Qué hay detrás de nosotras?—Hay un paredón. Espesas rejas y celosías no dejan ver sus adentros.—También detrás de vosotras hay un muro. Vidrios de color detienen la mirada.—¿Qué habrá dentro?—¿Qué habrá dentro?—¿Será el cielo, vecinas?—¿Será el cielo, viejas hermanas nuestras?

I. Zuloaga

V

Desde el tejado, se abocan dos personojes abrazados en una gárgola. El caso fué así:

—Buenas noches, Tartufo: ¿qué hacéis á estas horas y en estos lugares? Vete, tarambana. Déjame tranquilo meditar las verdades eternas.—Todas las

I. Zuloaga.

eternas verdades no valen lo que un vaso del vino que esta botella guarda. ¿Queréis probarlo, Tartufo?—¿Invocas mi pericia?—Sí; vuestra pericia invoco, Tartufo... ¿Qué me decís de este vasito?—Con la mitad, basta para la prueba.—Bebedlo entero. Este vino no hace daño...—¡Profunda alegría me ha inundado las entrañas! ¡Parece que me haya tragado el sol!... No obstante, conservo mis dudas acerca de

este vino. Venga la botella. - Ahí va la botella. Bebed poco á poco, sin prisa, analíticamente. Haceos cabal cargo de él — ¡Buen vino, buen vino!... ¡Qué noche más hermosa! — Sí: ¡bella noche y clara! — Tienes razón: este vino no hace daño. — ¡Bella noche para los sueños y para el amor! ¿No habéis amado nunca vos, Tartufo? — ¿Quién no ha gozado de una hora de amor?... Y una hora de amor vale por toda una vida... ¡Oh, qué luz!... sí... amor... sí... tú... — ¿Qué tienes? ¡Te tambaleas! ¿Por qué me agarras? ¡Cómo te me enroscas! ¡Buenas gentes, buenas gentes, mirad á Tartufo meditando las verdades eternas!...

VI

Santa Lucía gloriosa. Hilera de gárgolas arriba. Hilera de mendigos abajo. (1) Porque son pobres, porque van harapientos, porque son lisiados, porque viven de los demás, los mendigos se burlan de los que pasan. Porque son pequeñas, porque son viejas, porque son contrahechas, porque son bestiales, las gárgolas se burlan de los mendigos.

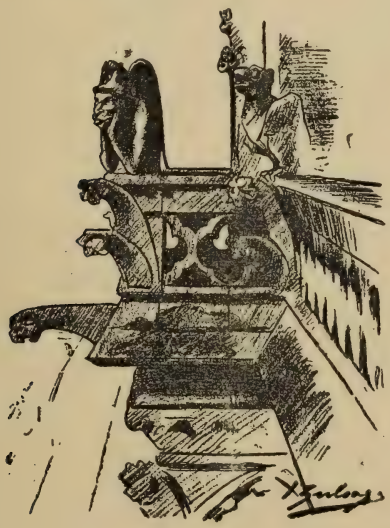
(1) Cuadro barcelonés. En la fiesta de Santa Lucía, se alínean los mendigos á lo largo de una de las aceras de la calle del Obispo, sobre la que se ciernen las gárgolas de la Catedral.

VII

Poeta, gárgola de palacio. Encima, celestial azur. A tu espalda, músicas de fiesta. Chirridos de aves, envolviéndote. Y los vientos pasan... ¡libres!

Y tú, eternamente abocado sobre las miserias de los hombres. Ni tan bajo que te confundas con ellos, ni tan alto que puedas perderlos de vista.

¿Será de asco la extraña mueca que te contrae la boca inquietante?



I. Zuloaga.

LA COPA DEL REY DE TULE

O. de Romeu.

Á Miguel Utrillo.

I

He soñado más larga la balada del Rey de Tule.

II

En sueños también he visitado su reino.—Isla, bella isla de delirio, juguete de poeta, sonrisa de blancura y verdor, copiada con mágica fidelidad minuciosa en un mar inmóvil...—Isla, isla anacrónica, gloriosamente artificial. Ni un movimiento. Ni un ruído. Yendo á ti los buques no dejan estela en las aguas.—El que á mi me llevó, de vela blanca y esculturada proa, llegóse á tu serenidad en un crepúsculo de verano, con cielo bermejo. Y de la sangre del horizonte surgió la isla con su exquisita vegetación: cedros y laureles; álamos y rosales en flor, y naranjos con la fruta encendida entre la os-

curidad del follaje.—Después, las arquitecturas locas, incompatibles. Resplandecen en la cumbre de las colinas los templos de mármol; y las agujas afiladísimas de lapislázuli que sobresalen de la verdura, son negras ahora porque tras ellas muere el sol.—Cerca del impasible mar, sobre aquella arena que no recibe espumas, hay un sepulcro de pórfido en que, dando al cristal de las aguas el reflejo de su lucecilla, tiembla una lámpara argéntea. Esta es la tumba de los amores del Rey. Duerme aquí la amorosa aquella de la balada, la que al morir había dejado la copa de oro consoladora de las tristezas del Rey solitario.

III

¡Tenía el vino dichoso el buen Rey de Tule! Lo canta la balada. Bebía en el aúrea copa de la muerta querida, y al llevarla á los labios le palpitaba el corazón. Le palpitaba el corazón y venían los sueños. Cuando llameaba en sus venas el fuego sagrado, volvían al Rey, traídas en alas de la borrachera por misteriosos caminos, todas las sensaciones de pretéritos días dichosos. Sentía junto á sí, á la muerta añorada. Y como ella era tan niña que

el Rey, su esposo, á su lado semejaba un padre, y como era tan perversa que á cada hora sabía aparecer renaciente en virginidad, veréis, Dios me perdone, que cada caricia suya valía por los cinco Misterios de Gozo y por las ocho Bienaventuranzas.

IV

La balada sigue cantándolo. Cuando el Rey de Tule vió su fin próximo, llamó á los parientes. No tenía hijos aquel árbol viejo sin flores. Partió sus reinos entre herederos interesados, con la triste resignación del que sabe que no le han de llorar. Mas la copa de sus amores no será de nadie. Cuando ya toca su frente el índice helado de la agonía, y, entre desvaríos, ve batir en torno suyo una ala negra, hace que lo lleven á la galería del palacio que cae sobre el mar azul. Es la hora en que el sol agoniza. Sus rayos encienden las polícromas vidrieras. Abajo, la mar es inflamada también. Hay en la paz del cielo, gaviotas que, volando pesadamente, se mojan un instante el pecho en las aguas y se lanzan después hacia las lejanías. Hay en el mar, junto á los muros del palacio, obscuras esmeraldas Hay acaso, indecisa en el confln del horizonte, al-

guna vela que se diría inmóvil... Los ojos turbios del pobre Rey recorren lentamente toda la gloria del crepúsculo; la mano, temblorosa y enmagrecida, levanta la copa; una violencia que tuerce todo el cuerpo, la arroja bien lejos, bien lejos... Centellea el oro, alanceado de claridad. Después el mar la engulle y vuelve en seguida á quedar cerrado en su sereno reposo.

El Rey y el mar mueren como dos lámparas que se apagan á la vez.

V

¡El Rey ha muerto! ¡Vivan los Reyes!—El pueblo está gozoso. Aquel vejestorio siempre embriagado, poco le satisfacía... ¡Ahora con unos reyecitos nuevos todo irá bien!—Tampoco en el palacio domina la tristeza. Los parientes herederos están radiantes con la recién estrenada soberanía. Sonrientes, se saludan entre sí. Un príncipe adolescente muy rubio, habla, quedito, quedito, á una princesita adolescente, muy rubia, y tejen ya sueños dulces: ¡ahora tiene ya cada uno su Estado y gobiernan como unos hombres!...

En tanto, la orgía lacayuna loquea en las bode-

gas sombrías. ¡Es gran vino el vino que bebía el vejete! Brota generosamente de las cubas.—¡Orden, muchachos, que hay para todo el mundo!—Las risotadas, primero contenidas, estallan después en libertad, se enlazan y resuenan.

VI

Y he aquí que se aproxima á las puertas del palacio un romero mendigo. Blanca barba le cubre hasta la cintura la extraña vestimenta verde, toda suciedad y andrajos; mechones de cabellos color de ceniza, escapados de su gorro de piel atigrada, le llegan á los ojos, también verdes, é iluminados por una especie de resplandor mágico; y lleva agarrada al bordón una serpiente que parece mirar fijamente con sus ojos de vidrio.

Llega al palacio; llama y nadie le responde; intérnase por él y nadie le sale al paso; entra así en la cámara en que yace el cuerpo del Rey... «¿Es muerto el buen Rey de Tule?», pregunta á uno de los que le velan. «¡Ay!—responde el otro con la voz más lastimosa de que se siente capaz—«¡horrible suerte ha visitado este reino! ¡Mirad al que hasta hoy era su soberano querido convertido en frío

cadáver!...» El extraño romero se acerca y lo contempla unos momentos... «No ha muerto», dice después con voz sorda... El gentío que ha ido llenando la cámara le llama loco... «No ha muerto»—repite el visitante—«¡Está adormecido!»... La energía con que ha pronunciado estas palabras impone un general silencio... Calla un instante; de sus ojos verdes brotan llamaradas; después, con sonrisa que da escalofríos. «¡Está dormido y voy á despertarle!» clama... Todos se apartan despavoridos... Yergue el mágico la cabeza; levanta los brazos, se convulsiona en todo él danza espantosa; mueca horrible contrae su rostro; espumajea su boca de la que salen á borbotones sonidos inarticulados... ¡Aquí, potestades ocultas! ¡Aquí fuerzas misteriosas de la Naturaleza eternamente viva! ¡Dioses de la noche, dioses de la muerte, dioses del infierno, dejad paso á la vida que se acerca!

VII

El cuerpo del Rey se ha estremecido; su boca ha dejado paso á un largo suspirar; ha entreabierto los ojos; ha movido lentamente los labios... y á los que, maravillados, se le acercaban, ha pedido la copa.

VIII

¡El Rey de Tule ha resucitado! La noticia del prodigio corre pronto de boca en boca... ¡El muerto vuelve á estar vivo!... Pero ¡ay, que es vivo ingertado de muerto!... Aquel espíritu, ya libre, ha tornado lleno de nostalgias... Y es que tal vez ya había encontrado su felicidad y se la han robado; acaso la resurrección ha roto una dulce caricia de la reina de sus amores; por ventura si ahora permanece en silencio es que atentamente escucha cantar dentro de sí el eco fugitivo de músicas oídas en otras esferas... Por eso la tierra le parece triste y vacía y obscura; por esto en sus ojos apagados sólo anidan tristezas. Y ya no enciende estos ojos el relampaguear de la embriaguez... Respondiendo á las únicas palabras del Rey, han tenido que recordarle dónde estaba la copa que pedía... Y en vano han querido hacerle beber en otras... ¡Los sueños, los dulces sueños, forjadores de una felicidad mentirosa, no vuelven, no vuelven!...

IX

Los parientes, burlados herederos, están sorprendidos, con angustiosa sorpresa. Parece que no aca-

ban de creer en la verdad del prodigio... ¡Aquello tiene los aires de un mal sueño!... La loca esperanza de un despertar no les abandona. Y ellos no abandonan el palacio. Van y vienen silenciosos, á todas horas, sin perder de vista al Rey, quien ni siquiera repara en su presencia... Los ojos de la adolescente princesita rubia han encontrado á los del rubio príncipe adolescente y se han arrasado en lágrimas.

X

Y el redivivo sin consuelo, más triste cada vez. Todos los días, á la caída de la tarde, va, con andar de sonámbulo, á la galería del palacio que cae sobre el mar, y permanece contemplando el crepúsculo, perdida la mirada en el azul sin límites. Los rayos del sol mienten allí resplandores de la copa; cree el Rey verla auriflamar en la lejanía allí donde se funde la serenidad del mar con la serenidad del cielo, que empieza á constelarse, y, aferrándose á la ilusión, entrecierra los ojos, y entonces los siente húmedos, y no tardan las lágrimas en resbalarle rostro abajo, por los surcos de las mejillas mustias.

XI

Un anochecer, quedó solo unos momentos. Después no le encontraron...—¿No es verdad que aquel mar inmóvil debía ya parecer una losa de sepulcro?

XII

El buen Rey de Tule había ido á buscar su copa.

CARTA Á LOS REYES MAGOS

R. Marin:

Á Santiago Rusiñol.

MAJESTADES:

Van transcurridos muchos años desde que mi comunicación anual con Vuestras Grandezas quedóse interrumpida. Pero yo no os he podido olvidar. De la constelación de mis infantiles ensueños, fué vuestra estrella la más luminosa: entre nubes de oro resplandecía para mi como astro de alba. Los primeros vientos de adolescencia intentaron barrerlo todo: nubes y astros. Pero siempre mi espíritu supo conservar, en un rincón de horizonte, las ilusiones más queridas... Puedo así, hoy, en lo más recio de la tormenta, convertir la mirada á vosotros, ¡oh, Reyes magos, Reyes consoladores, Reyes de gloria y esperanza, Reyes omnipotentes y magníficos!... ¡Cómo me ha llenado la niñez vuestra munificencia!... Jamás se me borrarán de la

memoria las emociones de la anual visita... Al acercarse, hacíase presente y ambicioso en mi pequeña alma de niño el deseo de juguetes; con inmensa fe os lo recordaba en carta bien respetuosa, donde triunfaba siempre de mi temor á parecer demasiado pedigüeño la desenfrenada codicia de regalos, muchos y hermosos; yo sabía que la carta dirigida á vosotros, á vosotros llegaba, por aquellas invisibles escaleras que enlazan tierra y cielos, por las vías mismas que conducen á los pies del Altísimo, amores, canciones y plegarias... Y, tras días que la impaciencia hacía lentos, llegaba la noche, la gran noche de los pueriles misterios de gloria... ¡La noche de Reyes! ¡El son extraño de los cuernos que preludiaban su venir! ¡El zapatito dejado en el balcón, lleno de semillas de esperanza! ¡El palpitar de su corazón que siente que, cerca de él, en las tinieblas, se cumple un amoroso milagro! ¡La solemnidad del silencio: el estremecerse á cada son que llega al oído! Y, venida del ignoto allá, en lo invisible, la mágica, la deslumbradora cabalgata, las luces de bengala en irisación, los carros esplendorosos de plata y pedrería, y vosotros, Reyes opulentos, sobre alados corceles blancos, con los man-

tos de armiño y púrpura, con el áurea corona sobre vuestra frente iluminada de sabiduría,—*el Rey Negro estaba silencioso*—en apoteósica visión, mientras los mil pajes de oriental vestimenta, iban y venían y subían y volaban, hasta ventanas y balcones, dejando en todos, en todos, los juguetes y golosinas deseados!... Luego la quietud otra vez. Yo, desvelado, oía el sonar de las horas y me decía «ya deben de haber pasado»; me adormecía más tarde; en seguida, un nuevo desvelo; después una pesadilla, después otras horas incontables y el sueño volvía; y así, hasta que el día llegaba. Llegaba el día, y con hambre de lo desconocido, anhelante, á medio vestir, corría al balcón, perfumado aún por vuestro paso, magnificado por vuestra generosidad. Todas las esperanzas habían granado: allí los juguetes queridos, y otros aún: tantos y tan hermosos, que no sabiendo cuál escoger, iba de uno en otro, desbordándoseme en alegres gritos y relampaguear de ojos y movimientos de sorpresa, la beata admiración que me henchía el alma.

¡Los tiempos aquellos, bien lejanos están ahora! ¡Las nubes de oro y las estrellas de mi infancia también!... Uno tras uno se me han ido estropeando los

juguetes; pero el espíritu, niño eterno, sin cesar los necesita. Y nada más doloroso que no tener juguetes y no creer en unos Reyes que traigan más. Por esto yo, en las obscuridades de hoy, acariciado por las tinieblas y la angustia y el frío de una infinita vaciedad, acudo á vosotros, que un día supisteis colmar mis sueños. De vosotros suplico la medicina de mi desesperanza, una aurora que termine mi noche. Traedme vuestros regalos: una cajita de ilusiones pintadas de nuevo; trompetas y timbales que me llenen el alma de músicas heróicas; armas de estruendo que aterroricen á los imaginarios enemigos que me asaltan; un arsenal de muñecos con que llenar mis visiones de arte; un juego de arquitectura para mis ideales construcciones; un arca de Noé que me permita componer la Naturaleza á imagen y semejanza de mi omnipotente arbitrariedad... ¡Juguetes, juguetes!... En un escondrijo rinconero del corazón dejo cada año dispuesto el zapatito... ¡Años hace, pobre de mí, que no lo encuentro lleno!... ¡Oh, Reyes añorados! ¿No me recordáis tal vez? ¿Teméis que la duda ó la negación me hayan apartado de vosotros?

No, no: yo creo en vosotros todavía. Yo sé que

L. Bonnin.

existís en aquel mundo misterioso de los sueños y del arte, lejano de las bajas tierras de los hombres en que conviven y se encuentran todas las imaginarias encarnaciones de la Belleza, todas las criaturas de la Fantasía, los mil y un hijos de la Fábula; sé que allí vivís fuerte y perdurable vida al lado de los héroes leyendarios, de las mujeres de hermosura ideal cantadas por los poetas, de los espíritus de los bosques, de los ríos, de los aires, del fuego, del mar, de los seres que moran más arriba de los astros y por debajo de la tierra; de los gnomos de anchas manos y floreciente barba; de las sirenas de voz prestigiosa; de las ninfas, soberanas en los verdes estanques; de las hadas y ondinas, de los dioses helénicos y de los dioses germánicos, de los frívolos duendes y de los mónstruos apocalípticos; de todos los seres creados por la emoción, ó el símbolo, ó la inspiración, ó el entusiasmo, ó el delirio, ó la locura, y de la Emperatriz de todos —Nuestra Señora la Quimera—con sus quiméricos ángeles, sus quiméricos arcángeles, sus quiméricos querubines, sus quiméricos serafines, sus quiméricos tronos, sus quiméricas dominaciones y sus quiméricas potestades.

Yo sé que cuando, en un invernal florecer, acontecen las santas natividades, os ponéis en camino y siempre guiados por la estrella de Oriente, voláis hasta la tierra, y, envueltos en las sombras, pasáis en mágica cabalgata invisible; pasáis, y cielo y tierra se dan un beso, y en la solemne paz se sienten, sin oirse, cantos y risas de gozo purísimo. Pasáis, y queda detrás de vosotros una estela de amor y luz, el enternecimiento del milagro; aromas de misterio y un gran coro de palpitaciones, sueños, gratitud y ventura que nace doquiera y sube y vuela, vuela al lejos de los lejos, hasta más allá de las altas serenidades.

Yo sé que, cuando llega la aurora, en todo lugar por donde habéis pasado, un don de alegría, un deseo cumplido, un ramo de capullos, señalan vuestra visita. Y el espíritu encuentra, al despetar, lleno el zapatito de las felicides anheladas.

¡Oh, Santos Reyes, acordaos otra vez de mi! Yo en vosotros espero. Ogaño tengo más juguetes estropeados y más que nunca necesito de vuestra generosa bondad. ¡Venid, ideales Majestades, Príncipes del Infinito, hasta mi zapatito preparado! Llenadlo de las presentidas dulzuras; dejadme una flor de

poesía, una emoción fortalecedora, un ideal sublime que me haga vivir. Haced como antes, que me traíais lo que esperaba y algo más todavía. No engañéis mi deseo. Y yo os prometo que iré por el mundo, como criatura iluminada, rumbeando los presentes, hablando bien alto de vosotros, cantando vuestra gloria á la faz de los doctores de la duda y abriendo los ojos á los ciegos infelices que se atreven á negaros.

¡Compadeced y perdonad también á ellos, á estos niños con barbas que no creen en vosotros! Tened misericordia de los hombres de nuestro tiempo, pobres muñequillos de carne, manojos de nerviosas y nunca satisfechas inquietudes, almas tristes de que las ilusiones han sido desarraigadas bien pronto, dejando una herida cada una; henchidles el corazón de otras nuevas, vosotros, los realizadores de deseos; mecedlos con una dulcísima nana de consejas que les consuelen; abrid un poco la cortina de sombras que cubre los grandes misterios luminosos, para que llegue hasta ellos un rayo de luz; borrad de sus labios esta sonrisa de escepticismo que hiela; marquen vuestro paso por sus almas regalos de juguetes y golosinas... Y pues es también un niño

este siglo, amparadlo como vuestro; nutridle el espíritu de poesía; enseñadle á seguir las vías de los astros y no permitáis que avance, sin dejar á su espalda el rastro de los grandes ideales, el inefable nimbo de claridad de los ensueños.

TIEMPO DESPUÉS...

Á Alejandro de Riquer

Tiempo después de escrita la carta anterior, y, como los Reyes Magos hubiesen recompensado mi fe dándome para norte y consuelo de la vida esta facultad preciosa de fabricar bellos mitos y rimar arbitrariedades, he conseguido, tras larga meditación, que mil imágenes poblaron, adivinar la olvidada historia del Rey Negro... Y os puedo responder de la verdad de esta historia. Como que me ha sido dictada exclusivamente por la Fantasía, madre de realidad, doctora de invención, soberana de toda ciencia, «órgano de lo divino», según el devoto decir del Filósofo, que, á fuerza de considerar los misterios de los trajes, supo hacerse de su capa espiritual, uno de los sayos de más eterno valor que se han conocido en la Sastrería Metafísica.

Digo, pues,—siguiendo al pie de la letra Mi Reve-

lación—que no siempre el Rey Negro ha sido un dispensador generoso de juguetes. Un día tuvo, al contrario, por misión propia el aterrorizar, dañar y castigar á los niños. Formaba entre los innúmeros funcionarios de la Gran Agencia de males que dirige el mismo Satán... La memoria de una negra infancia de niño negro, *y sin juguetes*, debió de quedarle como negro poso en las honduras del alma, al Rey Negro. Y como la Naturaleza había sido mala para con él, él fué malo para con los hijos predilectos de la Naturaleza. Floreció todo su ser en odio, y cuando se vió Rey y Gigante, omnipotente en el gobierno y en la fuerza, puso uno y otra por entero á terribles empresas de mal. Dióse á espantar y asesinar y devorar las más bellas criaturas, y se complacía en el terror de sus almas inocentes y en la tortura de sus débiles cuerpecitos. Él era el Ogro, que, en lo más obscuro de los bosques, atrae á los niños extraviados hasta su encantada mansión, para allí, después de encerrones espantosos, degollarlos sin piedad y cocerlos en enormes calderas; él era el Vampiro que, con helado volar, se llega á los pechos de las madres y las nodrizas amodorradas, para chupar la sangre de los pequeñuelos; él

era el Coco, habitador de las tinieblas, que, en la alta noche, espía todo desvelo, para llevarse á los niños que duermen poco.

Una noche el Rey Negro fué á llevarse un niño de los que no duermen... ¡Oh, no dormía, no podía dormir el pobrecito! Un gran miedo, un miedo atroz, un miedo que le dilataba brutalmente las pupilas en la obscuridad, teníale atenazado el corazón hacía horas, ¡horas!... Y estaba solo. Había gritado «¡mamá!», una y mil veces, hasta desgañitarse, sin obtener respuesta.—No había gritado «¡papá!» porque no había de qué... Él era un niño solo, sólo con su madre... que no estaba...

Tenía miedo. ¿De qué? De la soledad misma. Aquello empezó por una fuerte inquietud de remordimiento. Por la tarde había cometido una maldad. Él era un niño malo; y lo sabía.—Era malo porque era muy nervioso: se excitaba, se enfurecía; á todo y á todos maltrataba; hacía añicos cuanto caía en sus manos. Irritábale el ambiente de aquella casa de su madre, tan lleno de caricias y tan vacío de amor. La alcoba del niño malo era caliente y bien perfumada — demasiado perfuma-

da—pero le dejaban solo allí. Solo con su arrepentimiento... ¡El arrepentimiento, el doloroso arrepentimiento de un niño nervioso entre las tinieblas! Quiso pedir perdón... Y entonces, cuando después de mucho gritar, únicamente se sintió acariciado por todas las soledades y todas las oscuridades y todas las angustias, el insomnio vistiósele de sordo pavor... ¡Oh, la sensación ahogante de vacuidad, de alejamiento, de *subterraneidad*, de encierro, de tumba! ¡Oh, la amenaza que palpita en el mismo silencio! ¿Conocéis este frío de sentirse como encerrado y olvidado de todo el mundo, en la inmovilidad y en la noche?... ¡Y eso, un niño!... Así cualquier amenaza *concreta* era consuelo. Así, cuando las sombras modeláronse en la siniestra figura del Rey Negro, y cuando el fosforecer de sus ojos dió á la alcoba alguna luz, el niño malo, aliviado el miedo, le sonrió.

Y...

—Ven, le dijo muy despacio.

El Rey negro se detuvo.

Era la primera vez que le llamaba un niño; era la primera vez que no producía terror.

Aún sus manos avanzaban, amenazadoras; pero temblaban ya. El resplandor de sus ojos que iluminaba en fosforencias la alcoba, nublóse un tanto.

—Tráeme un juguete, añadió el niño, tomando entre las suyas aquellas manazas, que ya con el temblor no eran fuertes.

¡Oh, Rey Negro, Malvado, Asesino, Caníbal, Ogro, Vampiro, Coco! ¿Qué haces?... Tus brazos caen. Cierras los ojos, tornando á la obscuridad la alcoba. Un largo y extraño ronquido se te escapa del pecho. Sales tambaleándote...

Nevaba. Nevaba lentamente, dulcemente, cariñosamente. Sobre la tierra y sobre todas las cosas de la tierra caía una absolución de blancura... ¡Oh, cómo el Rey Negro se vió negro entonces!...

Sentóse en el suelo; besaron su cara los copos de nieve; descansó su mirar en la sábana candidísima...

Poco á poco también su alma negra se llenó de blancura... Algo nació en él... una paternidad... Era como una ola. Era también como una almohada...

Un resplandor de bengalas encendió el cielo en el horizonte. Era la cabalgata de los Reyes Magos.

Cuando llegaron cerca de él, el Rey Negro vió dos venerables ancianos, sobre corceles majestuosos, seguidos de una fastuosa procesión de carros y servidores.

Y él á ellos dijo:

—¿Quiénes sois y á dónde vais?

Y ellos á él dijeron:

—Somos los Reyes Magos. Vamos á dejar juguetes para los niños buenos.

Y él á ellos:

—¿Y para los niños malos?

Y ellos á él:

—Los niños malos deben quedar sin juguetes, en justo castigo á su perversidad.

Y él, entonces, avanzando, á ellos:

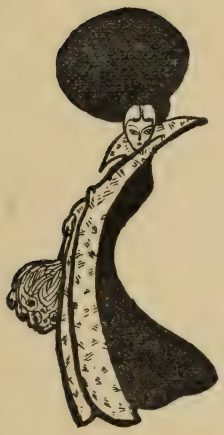
—Oid. Soy Rey. Soy inmensamente rico... ¿Queréis dejarme venir con vosotros para que lleve juguetes á los niños malos?

Y ellos á él, después de un instante de vacilación, en que, mirándose, se reconocieron abuelos:

—Ven.

Este es el actual oficio del Rey Negro... Y yo me complazco en recomendar á mis queridos amigos

los niños malos, que, sin perjuicio de saludar, por la etiqueta debida, á los tres, dirijan con preferencia al Rey Negro sus injustas, abominables y encantadoras peticiones.



ORACIÒN Á MADONA BLANCA MARÍA

O. de Romeu.

Con hábito de prosa color de la tierra, con faz amarilla y penitente, con imperioso relampaguear febril en los ojos, con gesto anguloso de áspera omnipotencia, con voz férreamente implacable, el Monje austero de la Vida ha pasado por mi conciencia predicando la santa cruzada de la Acción, las gestas del Caballero Esfuerzo, que lleva sus huestes guerreando á conquistar y entrar triunfadoras en las Jerusalenes de las tierras santas.—Ha pasado el Monje, y la asustadiza bandada de aves de mi ensueño se ha disperso en vuelo tímido, dejando huérfano de músicas el bosque sagrado en que os erigí marmóreo templo, alta reina de mis amorosas devociones, soberbia Madona de cuerpo de estatua vestido con bizantina opulencia, de noble rostro pálido y voz suavísima y labios de desdén y verde

misteriosa mirada de esfinge, á quien religiosamente adoro, á quien sé decir oraciones de silencio, á quien recogidamente ofrezco en sacrificio, abrasándose entre las llamas del altar, el cordero sin mancha de mi interna vida.

Para semejante adoración soy nacido, no para el carnaje furioso de las batallas.—Vacío de fuerzas siento mi cuerpo y muda de voluntad el alma mía. —Sé bien ciertamente que del primer combate vencido he de salir y herido de herida mortal.—Mas, ¡oh, Madona!, supiéseis cómo la mirada del Monje es imperiosa, la aspereza de su gesto omnipotente!... ¡Oh, Madona, Madona, supiéseis cómo su voz es implacable!...

Partiré á la Cruzada, alta Madona Blanca María; y cuando de ella retorne malherido, vendré á caer en este vuestro palacio, y aquí, en trance de dulce muerte, gozaré de vuestra presencia, y anegaré en los lagos de vuestros ojos verdosos mi mirada de agonizante, y escucharé la música aterciopelada de vuestro hablar, y os tomaré la mano, y después de llevármela á los labios devotamente, la conduciré con lentitud hasta mi corazón, para que vuestros dedos de marfil, en que deslumbradoramente ríen

los diamantes y lloran las esmeraldas de los anillos, se mojen en el escarlata de la sangre que abundosa brotará de la abierta herida.

EL BANQUETE

PUBLICACIÓN LITERARIA MENSUAL

«En cuanto á nosotros, si me creéis, entablaremos alguna conversación general...»

(Platón.)

Número suelto: 30 céntimos.

Suscripción anual: 3 pesetas.

EDICIONES DE
"EL BANQUETE,,

EN PREPARACIÓN:

ALOYSIUS BERTRAND

GASPARD DE LA NUIT. FANTASÍAS Á LA MANERA DE REMBRADT Y DE CALLOT.

TRADUCCIÓN DE EUGENIO D' ORS.

DECORADA POR OCTAVIO DE ROMEU.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO.

VERSOS DE LAS HORAS

Se imprimió este libro en casa
de Enrique Lafín: calle
de San Martín, 6,
Madrid, el año
MCMV

LS.
O 76mu
181373
Author Ors, Eugenio d'
Title La Muerte de Isidro Nonell.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU